

EL AMIGO CATÓLICO,

DEFENSOR DE LOS LEGÍTIMOS INTERESES SOCIALES:

RELIGION, FAMILIA, PROPIEDAD,

FUNDADOR.

DIRECTOR.

CENSOR ECLESIASTICO.

Dr. D. Manuel Gonzalez Francés, Sr. D. Antonio Soriano Barragan, Dr. D. Manuel Jerez Caballero,
Canónigo Magistral. Presbitero. Canónigo penitenciario.

Se publica todos los jueves en 16 páginas á dos columnas.—Precios de suscripcion:
10 reales trimestre; 38 un año.—Redaccion y administracion: Sol, 135.

SECCION DOCTRINAL.

UNA VELADA.

INTERLOCUTORES.

A.—1.—Alexander.

B.—2.—Bernardus.

C.—3.—Caius.

D.—4.—Dissertus.

E.—5.—Egardus.

A.—Vengo en busca de la verdad.

B.—Natural deseo. Solo que la verdad como el bien andan errantes por el mundo.

A.—No es tan cierto el aforismo. Desde luego aseguro que no es general el extravio de las inteligencias.

C.—Si me fuera permitido, daria mi voto en la materia.

D.—Claro es que todos pueden hablar en discusiones libres. Si á esto se añade que la discu-

sion es pacífica, no cabe duda en la conveniencia de emitir juicios propios.

E.—Es verdad. Pero aun dentro de la amistad es peligrosa la discusion. Suele empezar con templanza y acaba por dictérios.

A.—De todo hay. La cuestion no es absoluta. Así como el error y el mal no dominan el mundo por completo, tampoco las pasiones logran siempre malear los buenos intentos.

B.—Lo cierto es que aun el parecido engaña, pues á cada paso encontramos dos personajes difíciles de retratar; á saber, el falso amor á la verdad y la moderacion simulada.

A.—Muy adelante va el criterio. Antes de todo pedia el orden concretar la cuestion para valorar en justicia el razonamiento.

B.—No me parece mal la advertencia; sin embargo, la sentencia es general, y aplicable por tanto á materias de cualquiera especie.

A.—Convenido. Mas requiere la impaciencia humana que desde luego se establezca el punto en cuestión.

B.—Precisamente *en busca de la verdad* es menester referirse á principios comunes.

C.—Opino por la discusion sin preámbulos.

D.—Ni tampoco se entiende como no ha de haber siquiera los cumplidos de academia. Aun con solo decir—*no habrá exordios*, ya está hecho el exordio.

E.—Resulta, pues, que no parece bien la nimiedad. Se puede pecar por exceso y tambien por defecto.

C.—Ganar tiempo siempre es conveniente, y más ahora que el vapor y la electricidad se disputan el imperio del mundo.

E.—Preciso es conocer que las cuestiones de origen no se evacuan sin datos ni se resuelven sin citas. Por otra parte, sabido es que la mala gramática embrolla la buena filosofía, y la mala filosofía engendra la teología trastornadora.

B.—Se me ha adelantado E. Justamente coinciden sus obser-

vaciones con lo que indiqué poco há.

D.—Cierto. Ya nos vamos entendiendo.

A.—Os invito á responderme. ¿Hay algun hecho por el cual se pueda venir en conocimiento de la verdad católica?

E.—Los hay infinitos en número, en clase y especies diferentes.

A.—Pues ¿cómo esa variedad es desconocida por los que no creen, por los que dudan, por tantos como porfian contra el catolicismo y por mil otros, que fingiéndose amigos, lo hieren adormeciendo los dolores que le hacen sufrir?

D.—*Fiat lux*. Consiste en que la impiedad es multiforme, á saber: desdeñosa, altanera, insolente, agresiva, adusta, intratable, insidiosa, porfiada, pendenciera, egoista, y pudiéramos decir cejijunta.

C.—En verdad que desaparecen los rodeos. Ruda franqueza la del preopinante! Creo sin embargo, que hay hombres entendidos, cultos, corteses y moderados, que de buena fé impugnan el Catolicismo como sistema de doctrina.

D.—Dejo intacta la cuestion de honradez, máxime refiniéndose el caso á personas determinadas; mas hay que advertir que el

Catolicismo no es un sistema, sino un conjunto de verdades reveladas por Dios, del cual es depositaria la Santa Iglesia católica. De modo que en él está la verdad que busca A., y que mil varones ilustres encontraron examinando de buena fé. y sometiéndose á creer cosas sobrenaturales, auxiliados de evidentes motivos y razones invencibles, poderosos agentes de la docilidad en creer, don de Dios.

E.—¿Pero es cierto, ó no lo es, que existe un número considerable de personas honradas que de buena fé impugnan el Catolicismo?

D.—¿Difícil cuestión! Aparte del concepto indefinible de la honradez, hay otro que encierra misterios que no es dado al hombre penetrar. El que descuella entre todos es el de buena fé. ¿Quién puede sondear los abismos del corazón humano? ¿Quién se atrevería á descifrar los móviles de un procedimiento moral? ¿Quién puede juzgar lo que abriga una conciencia en acción, sean sus hechos religiosos, morales ó políticos? Y no teniendo á mano recursos de esta especie, la cuestión quedará siempre insoluble. Solo que enseñan buenos, doctos y santos maestros, la doctrina consoladora de que un hombre de buena fé, á saber: un

hombre recto que buscara la verdad, hallaría quien se la revelara aunque viviera en las selvas. De modo que, supuesta la rectitud natural, lícito es declarar que no existen tales personas con tal carácter y con el propósito de impugnar la verdad.

E.—No me parece mal la explicación. Por de pronto se deja en paz á la honradez y á los honrados; se justifica la Providencia de Dios; se celebran las infinitas misericordias y quedan en saludable oscuridad los adorables misterios de la gracia.

D.—A esta doctrina se referian en globo mis indicaciones sobre la naturaleza del Catolicismo; siendo de notar que en él se encuentra la solución clara y terminante de mil cuestiones que nunca resolverá la razón aislada de la fé, y mucho menos si la contradice.

C.—Pero vamos adelante: Dado que existan hombres de probidad y claros ingenios que impugnen el Catolicismo, ¿no se podría excusar su actitud en determinados casos, á saber, cuando hay abusos injustificables en el modo y forma de tratar las cuestiones religiosas?

E.—Me permito terciar en el debate, diciendo que ante todo y sobre todo está la caridad, que es paciente, benigna y todo lo true-

ca en bien. Por otra parte, no se juzga con rectitud cuando por abusos reales ó ficticios se declara guerra á una institucion. Además, los hombres probos deben hacer profesion de sérios y formales, evitando cuestiones peligrosas y ocasionadas á escándalo; y mal cuadra la circunspeccion con la ligereza de exponer al público hechos que, en vez de edificar, perturban la posesion legítima. En todo caso, maestros, doctores, tribunales y jueces competentes hay en la Santa Iglesia á quienes se debe acudir en consulta, en queja ó en forma de juicio.

A.—Prudente modo de buscar el remedio en la verdad. Pero semejante lentitud puede originar males sin cuento, por ejemplo, el de diferir la correccion dando pábulo indirectamente á los que abusan de su encargo ó ministerio.

B.—Todo cabe en la posibilidad; mas en casos dudosos hay ménos inconvenientes, no solo en diferir la correccion, sino en dejar de castigar un delito, que en castigar al inculpable. Conviene, pues, oír á los acusados y permitirles escusas y defensa, honrando asi á la justicia, á la verdad y á la caridad. El contrario procedimiento seria arbitrario, y la Iglesia Católica condena toda cla-

se de imposiciones arbitrarias y todo género de opresion y tiranía. En esto consiste el nervio de su jurisprudencia social, hija legítima de la moral santa é invariable que enseña.

C.—Sin embargo, eso mismo hace la *moral universal*, sin aparato de jueces ni de tribunales.

D.—Bien se disculpa esta irreflexion en personas sencillas. La *moral universal* es una quimera. No tiene origen, no está regulada ni es regulable; y al significar que no há menester jueces ni tribunales, harto se indica que la mencion de *moral universal* es simplemente un resabio de lenguaje, más pegado al oido que al entendimiento y al corazón. No hay moral sin ley que la determine, ni prevaricacion donde no hay ley clara, explícita, bien articulada y conocida.

A.—Ya que no baste la *moral universal*, ni su concepto sea claro, al menos bastaria la ley natural.

D.—La ley natural no quedó abolida al establecerse el Cristianismo; antes bien fué perfeccionada en términos que la ley evangélica es como una sancion de la ley natural, santificada y sellada con la sangre de Jesucristo, quien la elevó al órden sobrenatural que da forma á la familia y so-

ciudad cristianas. Si la ley natural prohíbe robar, matar, decir falso testimonio y mentir, la ley evangélica confirma tales prohibiciones, ordenando además el amor á los que aborrecen y á los enemigos; el perdón de las injurias, y considerando hermanos á todos los hombres sin distinción de tribus, de razas, de judío ni de griego ó gentil. De modo que el Cristianismo es la enseñanza de toda ley, de todo bien y de cuanto el mundo intelectual y moral há menester para su dicha y progresos.

A.—¡Sí! ¡Pero también progresan las naciones disidentes!

B.—Suele acontecer en verdad que los países separados de la Iglesia Católica adelanten en civilización, digámoslo así, material y positiva, como en invenciones ingeniosas, en la ciencia de la política y en el arte de la guerra; mas todo esto sucede con mayor razón y con más delicada jurisprudencia en las regiones católicas. Solo que cuando estas son ingratas á los beneficios del Catolicismo, se estragan y paganizan, pierden entonces hasta el mérito natural que suelen conservar los países protestantes bien regidos y gobernados; en premio de cuyas virtudes naturales reciben de la Divina Providencia mercedes del mismo orden, resultan-

do siempre que cuánto más perfecta es la ley y más cumplida su observancia, más excelentes y más abundantes bienes reporta la sociedad. De modo que es necesario atender, no solo á los hechos, sino á su principio generador; y claro es que entre pueblos católicos desmoralizados por completo y pueblos no católicos que guardan alguna disciplina exterior conforme á la rectitud natural, en estos más que en los primeros ha de haber adelantos físicos y material progreso. Son la forma del orden y de la justicia, aun naturales: forma y justicia que serian acabadas, observando fielmente la enseñanza católica.

C.—Resulta, pues, que sin el Catolicismo pueden ser felices las naciones.

D.—Es verdad. Las naciones pueden alcanzar bienes materiales y lograr dichas mundanas sin el Catolicismo; pero esto solo afecta á una mitad del hombre, y á su dicha ménos noble, que es la satisfacción de goces materiales. Pueden mantener el orden material y disfrutar la paz; mas tales cosas llevan consigo un germen de perturbación. Son el orden impuesto y la paz reglamentada, la paz del yugo, siempre recelosa, no la paz en la tierra de buena voluntad. Cuando ese orden y esa paz dejen de parecer convenien-

tes á los intereses materiales, al punto será objeto de iras y de agresión desalmada aun la vida de los ciudadanos. En una palabra: la disidencia aspira al dominio de la sociedad por el interés y la utilidad; el Catolicismo engrandece las naciones por medio de la abnegación y del sacrificio, fuentes purísimas del patriotismo.

A.—Sin embargo, parece que al más puro patriotismo deben seguir las más señaladas victorias; y bien hemos visto á naciones protestantes vencedoras de naciones católicas.

B.—Medítese bien sobre esto. Las naciones que conservan restos del Catolicismo indudablemente aventajan en disciplina á otras donde la incredulidad y el excepticismo logran prestigio. El orden engendra orden, y la obediencia produce maravillas. ¿Quién duda que la incredulidad es más trastornadora y culpable que el protestantismo, su ascendiente? Sin fé no hay lealtad, ni confianza, ni valor; todo es recelos y sobresaltos. Sin religion no hay seguridad imaginable.

A.—Calificaba *D.* á la impiedad de intratable, porfiada, pendenciera... Pues bien, hay hombres que nada creen, que desprecian las cosas santas y con sonrisa maligna desdeñan toda religion positiva, y no obstante son

dulces, amables, templados, cultos, amigos de la paz, en una palabra, personas decentes. No es, pues, tan corriente que la impiedad sea adusta.

E.—Entiendo que hay exactitud en las calificaciones de nuestro interlocutor *D.*, como la hay en los hechos á que alude *A.*, pero todo con su cuenta y razón. *D.* habla de lo que es naturalmente anejo á la impiedad franca, y *A.* de un género de impíos personas de seso, de peso, de número y de medida, que todo lo refieren á sí mismos. Son á la vez templo, ídolo y sacrificadores del amor propio. La dulzura les atrae amigos, evitándoles disgustos; la amabilidad les conquista estimación pública; la templanza les proporciona larga vida, haciéndoles pasar por varones probos y de buen acuerdo; la cultura les da fama de ilustrados y corteses; de tal modo que, calculando lo que hacen por sí mismos y para sí mismos, se comprende fácilmente lo que quitan á Dios, á saber, hasta qué punto es refinada su impiedad. No son, pues, tercos, ni temosos ni aparecen intratables, porque el impío, cuando llega á lo profundo, todo lo desprecia. Solo cuida de sí propio. Saben pecar ingeniosamente y con método.

C.—¡Cierto, cierto! Así hubo

muchos y claros varones en el paganismo. Echaban sus cuentas, y muchas veces les salía bien la de hacer buenas obras y practicar virtudes del orden en que vivían; pero tales buenas obras y tales virtudes, que en verdad ni son pecados ni vicios. llevan en sí mismas el premio que merecía el motivo con que se practicaban. Buscábase por la templanza longevidad de vida, aplausos por las limosnas que se hacían, honor y gloria mundanos en recompensa del amor á la patria, y de ordinario se logró el intento. *Receperunt mercedem suam.* De donde es permitido inferir que si tales obras buenas se hubieran referido á Dios, y se hubieran practicado por motivo y con medios sobrenaturales, el premio, que es la vida eterna, habria correspondido al mérito de las acciones. Las mismas obras buenas de suyo, á no ser viciadas por el fin á que se dirigian, hubieran tenido recompensa provindencial.

D.—Así es, porque sin fé es imposible agradar á Dios; sin Dios nada puede el hombre en orden á su salvacion. Con Dios todo lo puede en el orden sobrenatural, y Dios no abandona á los mismos infieles que hacen cuanto está de su parte para salvarse.

A.—Quiere decir que cuanto

más excelente es el fin y más elevado el motivo de las acciones humanas, tanto más excelente y elevada es su recompensa; pero que á su modo, en su orden y relacion, tienen su premio las buenas obras en el orden natural.

E.—De todo punto cierto. Como lo es que, obligadas las naciones católicas á la práctica de la ley de gracia, lo están por consiguiente á la observancia de toda ley justa, de toda rectitud, de toda sumision y obediencia. De donde toma su dignidad y su conveniencia el orden social, nunca más asegurado que entre los justos.

C.—Al fin pudimos entendernos sobre una materia no siempre traída con oportunidad ni tratada con asiento. Es más: entiendo que esta doctrina y sus aclaraciones conducen grandemente á explicar la máxima inconcusa de que *fuera de la Iglesia católica no hay salvacion.*

D.—Es verdad de mucho consuelo para todos, fieles é infieles, resultando evidentemente que, habiendo muerto por todos el Salvador del mundo, á todos les da medios suficientes para conocer la verdad y alcanzar la eterna salvacion.

C.—Por cierto que parecia extraña y dura la máxima indicada sin la conveniente explica-

cion, dado que juzgan muchos que los católicos excluyen de la bienaventuranza á los infieles inculpables y á los hombres rectos que, ó no han podido salir de las preocupaciones de secta ó de herejía en que fueron educados, ó intentándolo fueron prevenidos por el juicio de Dios.

A.—Sobre este punto dijo D. lo bastante en el curso de la conferencia.

C.—Basta por hoy. Cuando hay amor á la verdad, no es menester afanarse por buscarla: ella sale al encuentro.

Fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes, 25 de Setiembre de 1874.

† *El Obispo de Jaen.*

DOCUMENTOS IMPORTANTES.

Un colegio católico de medicina.

En medio de la encarnizada persecucion de que está siendo víctima por parte de los gobiernos temporales la Iglesia católica, sirve de inmenso consuelo, y á la vez es prenda de las mas consoladoras esperanzas, la restauracion católica que de algun tiempo á esta parte se viene verificando en todos los ramos de las ciencias humanas. Entre estas, una de las que mas en oposicion se han presentado contra las verdades católicas es la medici-

na, que tan poderosamente ha contribuido á difundir las ideas materialistas. Pues bien, precisamente para oponerse á ellas, varios médicos italianos, á cuyo frente figura el célebre doctor Travaglini, han establecido una Academia en Nápoles bajo el patrocinio de santo Tomás. Este proyecto es la realizacion del que tenia formado el médico Andrés Belli, cuando la usurpacion de Roma por Napoleon. Aquel pensaba establecer una Academia de medicina bajo la proteccion de san Basilio Magno, doctísimo en tal ciencia, la cual no llegó á fundarse. El doctor Alfonso Travaglini ha sido mas feliz, pues su Academia cuenta ya con la cooperacion de mas de cien profesores italianos. El objeto é importancia de esta nueva institucion aparecen perfectamente determinados en el siguiente breve que Su Santidad dirigió al fundador de la nueva corporacion científica:

A nuestro querido hijo Alfonso Travaglini, doctor en medicina y cirujía; fundador de la Academia filosófico-médica.

Pio IX, Papa.—Cuando en el mes de marzo último te recibimos, querido hijo, y á Juan Maria Barnoldi, sacerdote de la Compañía de Jesús, que te ha ayudado de especial manera para el establecimiento de la proyectada Academia, y á otros personajes distinguidos que habian dado su aprobacion al proyecto, te felicitamos por haber tomado la resolución de guiar la cien-

cia médica á los saludables principios de la filosofía de que se ha separado hace tiempo, por medio de los mismos médicos (que con frecuencia son los autores y propagandistas de los errores del materialismo), y de procurar restablecer la verdadera doctrina sobre la esencia de las cosas, y sobre su origen, especialmente en lo que concierne á la naturaleza humana en que se ocupa la medicina; de tal suerte, que venga el remedio de donde en tan gran escala ha venido el mal. Hoy nos alegramos de que el éxito haya correspondido á nuestros votos, y de que sábios italianos, cuyo número pasa de ciento, hayan dado sus nombres á la naciente Academia, lo que hace asegurar para ella en un porvenir próximo, éxito aun mas brillante.

Tenemos el mayor placer al ver que te has propuesto no admitir como asociados, sino á aquellos que profesen y estén dispuestos á defender las doctrinas emanadas de la Santa Sede y de los sagrados Concilios, y singularmente los principios del Doctor angélico relativos á la union del alma intelectual con el cuerpo humano, á la forma sustancial y á la esencia de la materia.

Así es como podrán repararse los estragos causados por el materialismo á la Religion y á la ciencia; bajo el influjo de la verdad, esta misma ciencia se desenvolverá de las tinieblas del error, y mar-

chará por las vias del verdadero progreso.

Ahora bien; como la verdad viene de Dios, segun lo enseña la teología con admirable claridad, no puede encontrarse en el menor desacuerdo con la filosofía, ni con las leyes de la naturaleza; de donde se sigue que, si con buena voluntad se procura hacer volver la inteligencia á la fé, se trabaja al mismo tiempo por la solidez de la ciencia, por su desenvolvimiento y su progreso. entonces el hombre sale del fango, que en vergonzoso materialismo le tiene rebajado en compañía de los brutos, y se eleva á la dignidad de los hijos de Dios. Velad, pues, cuidadosamente en no admitir en vuestra sociedad á aquellos que están imbuidos en los errores de la opinion moderna, no sea que el orgullo de una vana erudicion les conduzca á esparcir poco á poco la discordia entre vosotros, y á sustraer los espíritus de la autoridad de la Iglesia, en la cual Nuestro Señor Jesucristo ha puesto la cátedra infalible de la verdad.

Si perseverais en vuestro loable designio, si evitais los lazos de los falsos hermanos, si penetrados de un mismo amor y de un mismo celo por la Religion, os esforzais en buscar la verdad, en que brille y se difunda, seguramente habreis merecido bien de la Iglesia, de la ciencia, de la sociedad civil y religiosa, y vereis vuestra Academia crecer rápidamente y con honra por el

apoyo de una multitud de sábios y los aplausos de todas las personas honradas.

Tales son los votos que hacemos por tí, esperándolo así; y como presagio de los favores divinos, y como prenda de nuestra paternal benevolencia, te concedemos á tí, querido hijo, y á todos los individuos de la Academia filosófico-médica de Santo Tomás de Aquino, nuestra bendición apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el 23 de julio de 1874, año vigésimo nono de nuestro pontificado.—PIO IX, PAPA.

SECCION DE NOTICIAS.

Hoy empezamos á publicar las *Veladas* escritas por el ilustre colaborador de EL AMIGO CATÓLICO, Sr. Obispo de Jaen, cuya actividad y celo infatigable son dignos de todo elogio. Aunque nos fueron remitidas oportunamente no hemos podido insertarlas hasta hoy á causa de estar publicando los artículos *Sobre los milagros de Jesucristo referidos en el santo Evangelio*, debidos á la pluma del mismo esclarecido escritor. Nosotros damos las gracias á el digno Prelado de Jaen por sus deferencias y por el interés que se toma por nuestra modesta Revista, y recomendamos á nuestros lectores las *Veladas* que hoy les ofrecemos, en las que de seguro encontrarán instruccion y re-

creo por la agradable y sencilla forma en que están escritas.

Llamamos la atencion de nuestros abonados sobre el anuncio que insertamos en la cubierta, de la *Galeria dramática* que nuestro ilustrado colaborador de Cádiz, Señor D. José Maria Leon y Dominguez, Pbro. ha escrito y dedicado á la juventud de los Colegios y demás establecimientos de enseñanza. El Sr. Leon y Dominguez ha conseguido reunir en sus preciosos dramas lo ameno con lo instructivo y moral; presentando ejemplos y argumentos sencillos y muy apropiados para ilustrar la inteligencia de los jóvenes y recrearlos, sin despertar en sus tiernos corazones sentimientos y deseos que son siempre la causa que los precipita en el abismo del vicio. Si siempre ha sido necesario que en el teatro, donde todas las escenas se representan con los mas vivos colores, haya sumo esmero en la eleccion de las obras que allí se hayan de representar. hoy es aun mas preciso que nunca por lo mucho que abunda el género corrompido: y esta necesidad sube de punto cuando los actores han de ser niños cuyos corazones duermen el sueño de la inocencia y no conviene sacarlos de tan hermoso y feliz letargo. Los dramas, pues, del Señor Leon y Dominguez son en extremo recomendables para todos y muy especialmente para las socie-

dades infantiles que de tiempo en tiempo buscan entre sus distracciones la representación de pasatiempos lírico dramáticos ó solamente dramáticos.

*
* *

El 30 de Setiembre falleció en Madrid á los 65 años de edad, el virtuoso Sacerdote de la Compañía de Jesus, Padre José Maria Anglés. Su extraordinaria modestia y ejemplarísima vida dieron ocasion á que fuera querido y respetado de cuantas personas le trataban.

A pesar de las grandes contrariedades y continuas persecuciones que, como todos sus compañeros, ha sufrido, desde que la revolucion, en sus múltiples y variadas formas, quiso hacerles víctimas expiatorias de su odio encarnizado, el Padre Anglés conservó siempre la mas completa tranquilidad y la más dulce resignacion, comprendiendo perfectamente con su esclarecida inteligencia y creyendo con toda la firmeza de su ardiente fé, que las iras de los enemigos de la Iglesia nunca consiguen mejor suerte que la de la serpiente de la fábula.

Durante los cuarenta años que han trascurrido desde que fué elevado al Sacerdocio hasta su fallecimiento, solamente cinco dias ha dejado de celebrar el santo sacrificio de la Misa, contándose en ellos los tres que ha durado su última enfermedad.

A pesar de lo mucho que se

agravaron sus padecimientos cuando hace seis años volvió á ser arrojado por el levantamiento de Setiembre del Oratorio del Olivar, donde residia con algunos otros Padres de la Compañía, siguió ejerciendo las penosas funciones de su estado sacerdotal, consolando siempre á los moribundos y afligidos.

Dios haya recibido su alma en la mansion de los justos en premio de sus virtudes, y escuchado las fervientes oraciones de las muchas personas que profundamente conmovidas seguian las preces de la Iglesia al tiempo de acompañar su cadáver desde la casa de su respectable familia, del impresor señor Aguado, en cuyo hogar era querido como un amigo, y venerado como un Santo, y despues al asistir al oficio fúnebre en la parroquia de Santa Cruz y en el cementerio de la sacramental de San Justo, donde descansan los despojos del virtuoso é ilustrado Jesuita.

*
* *

Le Siecle, periódico anticatólico de París, que no se cansa de clamar y declamar contra las peregrinaciones de los católicos á los Santuarios de Francia, se muestra ahora muy irritado, porque el Gobierno francés, por motivos de política y de higiene, ha prohibido las peregrinaciones de los musulmanes argelinos á la Meca. ¡Qué monstruosa contradiccion! Cuando se trata de prohibir las peregrinaciones de los islamitas, solo por ser

enemigos de la Cruz, se defienden hasta con calor sus llamados derechos, invocando para ello con religioso respeto el *gran principio moderno* de la libertad de cultos. ¡Qué cinismo! ¿Creeis ó no creeis en la libertad de cultos? Si creeis, ¿por qué la negais á los católicos? Y si no creeis ¿por qué la invocais en favor de los sectarios del Coran? La verdad es que ciertos periódicos cuentan demasiado con la candidez ó falta de memoria sus de sus sectarios.

*
* *

La prensa gaditana se ha ocupado de un hecho ocurrido en el Gran Teatro de aquella localidad el cual dá por sí solo testimonio de la religiosidad y cultura del pueblo de Cádiz.

Hé aquí como lo refiere un colega:

«Cuando se estaba representando la zarzuela *El último figurin*, se oyó sonar una campanilla que indicaba que S. D. M. pasaba por las inmediaciones del teatro. Inmediatamente quedó interrumpida la representación por un movimiento espontáneo del público y de los artistas. Cual si todas las personas que en aquel instante se hallaban en aquel lugar se hubieran sentido repentina y simultáneamente impulsadas por un resorte mágico, los espectadores se pusieron en pié ó de rodillas en sus respectivas localidades y la orquesta tocó la marcha real, continuando esta magnífica y conmovedora escena hasta que dejó de oírse el sonido de la

campanilla. En aquel momento se dejó oír una nutrida salva de aplausos iniciada por los espectadores del último piso, y secundada por todos los que ocupaban las demás localidades.»

*

* *

Los protestantes, aprovechando lo mucho que les favorecen las circunstancias, se dan gran prisa para fundar escuelas y abrir templos en Roma. De estos últimos tienen ya cuatro, el de San Pablo, que pertenece á los protestantes *episcopales* de América, la capilla de la plaza de San Silvestre, la casa de la plaza de San Lorenzo *in Lucina*, y otra casa en frente del mismo Palacio de la Vicaría.

Los protestantes no tienen adeptos, y por lo mismo, sus templos están siempre vacíos.

No se erigen estos templos porque sean necesarios ó por que haya secuaces del protestantismo que los exijan, sino como una protesta, ó, mejor dicho, como una amenaza contra el Vicario de Jesucristo.

Resumen de las materias que contiene este número.

SECCION DOCTRINAL.— *Una velada*, por el Excmo. Sr. Obispo de Jaen.—DOCUMENTOS IMPORTANTES.— *Un colegio católico de medicina*.—SECCION DE NOTICIAS.

CÓRDOBA:

Imprenta de LA ACTIVIDAD,
Azonaicas, 4.